

unas palmeras, se sostiene la conversación siguiente:

—Y dice Ud. que mañana nos atacarán.

—Sí, siguiendo nuestros pasos han venido y mañana, antes del medio día, llegarán mis amigos en número de veinte o veintitantos y nos atacarán, nosotros no nos defenderemos y para él solo son muchos hombres.

—Sí, son muchos, pero me temo que al verse perdido empieza por matarnos a nosotros, porque su viva inteligencia al momento comprenderá la traición.

—No, porque para eso hay un remedio.

—¿Cuál?

—Nosotros quitamos el plomo a nuestras balas y así tiramos y aunque no matemos a nadie, no comprenderá nuestra traición.

—Ya, él oír los fogonazos, pero las balas no las verá.

—Eso es, más sencillo no puede ser.

—Es Ud. un hombre ingenioso y le gratificaré espléndidamente.

—Ya lo sé, y por eso trabajo en su favor.

—Con creces le gratificaré, si el plan no falla, si ella llega a ser mía, sólo mía.

—No fallará, mis hombres son valientes y en ellos confío.

—Así sea, ahora a dormir, que no es prudente que hablemos, nos pueden oír.

Esta conversación sostenida entre Guillermo y el guía no tenía muy buenas intenciones, como el lector habrá podido observar. Pero ellos no se fijaron que una cabeza en las palmeras vecinas escuchaba lo que hablaban. ¿Quién sería? ya lo sabrá el lector a su debido tiempo.

IV

Las tinieblas de la noche desaparecían; volvía el día; de nuevo aparecían los pájaros con sus trinos a poetizar aquellos lugares, sin embargo, no se notaba mucha alegría en los individuos de esta historia.

Las facciones enérgicas del capitán estaban contraídas, no obstante, daba las órdenes con la mayor naturalidad. Sobre texto que iban a acampar allí varios días mandó rodear, con los fardos que los camellos llevaban, la tienda de la que para él era más que la vida, la tienda de su amada, de su prometida Ana, (que por este nombre atendía la joven), con motivo de preservarla ya de las fieras, o bien de la arenilla del desierto que el aire levantaba. Ese fué el motivo que adujo el capitán para rodear la tienda; pero el verdadero motivo era que tenía algo. Después de haber oído la conversación que el guía y el almirante sostenían la noche anterior, (pues la cabeza que entre las palmeras escuchó la conversación, era la del capitán), temía que traidoramente le robaran la joven aquellos seres tan viles y tan bajos que tenían el corazón corrompido por insensatas pasiones; el uno por la lujuria, por el deseo de poseer a aquella jo-

ven bella y sutil; y el otro, por la avaricia que le cegaba. Desde entontes aquellos individuos se habían echado el baldón suficiente para que Federico no les mirara a la cara, por eso quiso preservar a ella del peligro, dispuesto a que antes de llevarse la pasaran por encima de su cadáver.

Próximamente serían las once de la mañana, el pequeño campamento estaba en silencio; el capitán y Ana hablaban en voz baja, ella parecía estar sobresaltada, él tranquilo y sosegado.

Cuando sus ojos divisaron a lo lejos una nubecilla de polvo, condujo a Ana a su tienda y él se fué precipitadamente a ver a Guillermo a quien habló de esta forma:

—Mira, ves aquella nube de polvo que en lontananza aparece.

—Sí y estoy intrigado por saber lo que será.

—Sabes lo que significa ese polvo.

—No, alguna caravana que se acerca a este oasis.

A LA ROSA

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
gallarda y puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa.

Mas si el ardiente Sol lumbre enojosa
vibra del Can en llamas encendido,
sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor; hermosa nube
fingí tal vez de gloria y alegría.

Mas ¡ay!, que el bien trocose en amargura,
y deshojada por los aires, sube
la dulce flor de la esperanza mía.

ESPRONCEDA.

—Pues significa y se asemeja a la muerte, a la muerte con su guadaña letal, mortífera que caerá sobre nosotros; y digo sobre nosotros, porque tú también morirás. Dicho esto se retiró al lado de su amada.

Estas palabras pronunciadas con frialdad y energía hicieron efecto en Guillermo, tornose primero pálido, después sus ojos desmesuradamente abiertos por el terror vagaron ya mirando a Federico que se alejaba, ya a los jinetes que en masa confusa y rápidamente se acercaban. Sonaron varios tiros, la pelea empezaba, entonces volvió Guillermo en sí del sopor que le sumieran aquellas palabras, comprendió todo el mal que había causado pero era tarde para remediarlo; la caballería de los bandidos disparaba sin cesar sus espiñargas sobre el capitán, el cual se había atrincherado delante de la tienda de Ana, y se defendía como una leona que le roban sus cachorros, dispuesto a morir matando, a pagar cara su vida.

Entre tanto los árabes se habían escondido

detrás de los caballos que frenéticamente relinchaban y el guía había adelantado a sus hombres y los animaba excitánolos a pelear, pero ninguno se atrevía a ponerse al alcance de las balas del capitán que, con palmo firme y gran serenidad, los mantenía a prudente distancia.

Entonces el tunecino ordenó, que se dividiesen en dos columnas y que unos atacaran por delante y los otros por detrás.

Pero no contaba que Guillermo, arrepentido de la villanía que cometiera y decidido a enmendar su falta o morir, con abundantes municiones, púsose detrás de la tienda para detener a los que por allí se acercaban.

Todo es confusión, voces, gritos, tiros y desesperación entre los bandidos que sus espiñargas no alcanzan tanto como los fusiles, los caballos que relinchando de espanto se encabritaban, algunos lamentos de heridos que agonizan, los silvidos de los proyectiles, en fin, el fragor estentóreo de la batalla que se desarrolla.

En medio de todo este desorden, suena la voz de Federico que a la par que apunta al tunecino, dice:

—Así pago yo a los traidores, toma.

Sonó un tiro y el guía cayó ensangrentado y agonizante; entre sus hombres cayeron aquellas palabras seguidas del disparo como un rayo, sembraron el estupor entre los seis o siete que por allí se quedaron, y otros se rieron y se rieron a todo galope de sus caballos.

Mientras tanto, en la otra parte de la tienda, seguía el tiroteo que Guillermo en contra de los demás bandidos sostenía; Federico acudió inmediatamente a aquella parte cuando quedó libre de los que le acosaban.

Aun no había llegado cuando sonó un grito de alegría y desesperación a la vez, en tanto que el Almirante moría peleando como un tigre, lavando así la mancha de su traición.

Muerto él, aun seguían los disparos; Ana, arrodillada en tierra con un fusil humeante, disparaba sin cuidarse de las balas que silvando pasaban junto a ella.

Cuatro vampiros del desierto quedaban cuando llegó el capitán; dos disparos más sonaron antes de que aquellos se retiraran pero, al fin, llegó la tan deseada derrota de los piratas, éstos huyeron como sus compañeros y todo quedó en silencio.

Federico, tambaleándose y derramando abundante sangre de las heridas que tenía, se acercó al exánime cuerpo de Guillermo y exclamó:

—Dios es testigo de que te perdono el mal que me has hecho.

Y se desmayó en los brazos de Ana, que lloraba de dolor.

V

Cuando Federico volvió en sí de su letargo la creSPA del sol caía sobre la tien-